

dicembre 1917]



Política nacional atudescada

Andan por ahí unos sujetos, germanófilos en su mayoría, exhortándonos a que nos dejemos de eso de derechas e izquierdas y hagamos todos unidos política nacional. Quieren hacernos creer que lo de nacionalismo es más claro que el zaterdismo o derecho. Y ni es más claro ni es más nacional.

Confesamos no comprender bien qué es lo que quieren decir con eso de política nacional. Y no es fácil que lo comprendamos, porque aunque ellos sí que lo comprenden, sí que saben lo que quieren decir con eso, es una cosa tal que no se atreven a decirnosla bien a las claras. Porque esa su tan cacareada política nacional es nacional, sí, pero no española; es, pues, antinacional, antiespañola.

Exhortamos esos sujetos a la concordia; pero a una concordia lograda mediante el abandono de lo que estimamos la esencia de una patria digna de serlo, de una nación a que pueda uno pertenecer más que por la fuerza de la necesidad.

Así como no consideramos verdaderamente católico o luterano o calvinista o mahometano al que dice y cree que lo es por haber recibido pasivamente uno de esos credos y haberlo conservado, si quiera formalmente, por pereza o acaso por total inercia mental, sino al que luego examinó y pesó y vivió espiritualmente su credo heredado, y acabó por hacerlo adquirido y propio, así tampoco consideramos verdaderamente español al que por haber nacido y haberse criado en España, de padres españoles, no tiene otro remedio que serlo y no ha reflexionado nunca en su españolidad para luego adoptarla libremente. Libremente, aunque influido, claro está, por su educación. Pues es natural que quien se educó en español prefiera serlo.

Dicen que decía Cánovas del Castillo que no es español sino el que no puede ser otra cosa, y esta frase amarga y triste entraña todo un estado de conciencia colectiva, que no era raro en los albores de la llamada Restauración. Y hay aquella otra frase amarga y triste: «Si no fuese español querría ser...» (aquí el adjetivo de otra nacionalidad). A cuyo respecto se cuenta del inglés que dice: «Si yo no fuese inglés querría ser inglés.» O aun otro dicho, y es aquel de que todo hombre culto tiene dos patrias: la suya propia y... otra que se designa.

Pero un hombre civil, un verdadero hombre civil, un hombre verdaderamente civil no puede querer ser de otra patria que de aquella que puede hacerse. No tanto de la que le ha hecho cuanto de la que él se puede hacer. Bien es verdad que la que puede hacerse es casi siempre — no siempre del todo — sobre la base de la que le ha hecho, deshaciéndola en parte para rehacerla.

No se escoge ni madre ni patria, suele decirse. Y ello es falso. Se puede escoger madre; hay muchos que la han escogido — pues madre no es la que nos pare nada más que por habernos parido, — y se puede escoger patria. Y nadie ha demostrado ni que los hijos de afecto, los que adoptaron padres, sean peores hijos ni que sean peores ciudadanos los nacionalizados. Y aun decimos que un nacional nativo no es buen ciudadano hasta que no se nacionaliza.

Máximo de Azeglio sabía decir en visperas de perfeccionarse la unidad italiana — pues que murió en 1866 — que Italia estaba hecha; pero había que hacer los italianos, y Silvio Spaventa en 1881, recordándolo, decía a su vez que Italia estaba rehecha, y lo que había que rehacer era los italianos. Y aquí en España hay que rehacer los españoles, deshaciéndolos antes en parte. Deshaciéndolos como españoles. Para reespañolizarnos tenemos que desespañolizarnos en no pocos respectos. Y a esto contribuye la lucha de izquierdas y derechas.

Hay una germanofilia no troglodítica que es en el fondo mucho peor que esta última. Es más sutil y más artera. Es la que abomina, de palabra, de eso de derechas e izquierdas, pero es para ahogarnos la libertad democrática, la democracia liberal, bajo el peso de una quisicosa que se engalana con los nombres de organización o competencia o eficacia o técnica. Esos germanófilos no trogloditas profesan la vaga y confusa doctrina de que deben gobernar, no los más ni los más fuertes, sino los más capaces. Y los más capaces son, naturalmente, ellos mismos. Como la competencia no puede ser determinada por sufragio, tiene que serlo... objetivamente. Y el secreto de la objetividad de la competencia lo tienen ellos, los que se creen técnicos, los germanófilos no trogloditas. O sea los pedantes.

Porque ese neo-nacionalismo de origen germanófilo no troglodítico no es más que una doctrina de suprema pedantería.

¿En qué consiste la política nacional de esos pedantes que pretenden elevarse por encima del polvo de la pelea que arman los de la izquierda y los de la derecha? Ni ellos lo saben.

Hay pedante de esos, archipedante, que parece querer dar a entender que esto de las izquierdas es una importación inglesa o francesa; que el democratismo español — mejor que la democracia española — no es sino una traducción del inglés o del francés. Hay pedante de esos, archipedante, que parece creer que si no anduvo oro aliado en lo de la huelga general de agosto último, fué el influjo de doctrinas de origen aliado lo que provocó la huelga. Hay pedante de esos, archipedante, que cree que debemos acallar nuestras discordias intestinas de orden político y esperar a que acabe la guerra, y entonces con el triunfo, si no de Alemania, del germanismo, del ideal político tudesco — triunfo que tienen por descontado, — se nos imponga la organización a la tudesca, y ellos, los pedantes, sean los que a título de técnicos y de competentes nos gobiernen entonces.

A estos pedantes germanófilos no troglodíticos se les conoce, entre otras cosas, en la simpatía con que ven la obra a la tudesca de las Juntas de Defensa de la oficialidad del ejército, de este remedo de la Joven Turquía que nos quiere imponer el dogma de la infalibilidad de los tribunales militares. Esperan sin duda que los competentes oficiales — es decir, oficial y no más que oficialmente competentes — en milicia nos impongan luego como gobernantes los más competentes a los pedantes. esos atudescados. Esperan acaso que nuestros jóvenes turcos declaren un día que para poder regir la Hacienda, verbigracia, sea preciso haber estudiado economía y hacienda en Alemania o en textos alemanes; que para poder regir la Institución Pública hay que haber leído a Herbart en alemán, y así lo demás.

Pero nosotros, latinos — lo somos de lengua, que es lo que piensa — incorregibles, seguimos y seguiremos agitando esa fecunda y noble retórica — ¡nobilísima retórica creadora de valores espirituales! — de izquierdas y derechas, seguimos y seguiremos repitiendo que no esperamos libertad alegre ni alegría libre; que no esperamos esplendor de historia de las doctrinas y las prácticas de los pedantes del tecnicismo.

Miguel de UNAMUNO.

